

ALBERTO FRESSIA

9 poemas

LITURGIA

Meticulosamente deshice el cordón de los tobillos,
abrí el cinto del vientre
y bajé con cuidado las caderas.
Me desabrocho con minucia el pecho,
me quito la máscara facial desde el mentón hasta la nuca
y si un escalofrío dorsal me delata la columna
la pliego como un feto
cada madrugada.

(1982)

RETRATO

Mira el espejo en la vidriera
y todo se refleja menos él.
Se refleja su cuerpo, ve
sus ojos, con ojeras, ve
su ropa, puesta con cuidado,
ve que aprendió finalmente
que el mundo es de los otros,
cuidadosamente de los otros, con ojeras
de los otros y esta calle y la Patria
y las reglas de este enfermo,
este sospecho hijo de nadie, este
anónimo en la calle y en la vida
de los otros que no miran
el espejo en que él se mira
entero y está ausente.

(1982)

LOS EMIGRADOS

Mandamos decir:

No pasa nuestra historia por la húmeda
Galicia de las madres ni conoce el padre
su Lombardía alcohólica. Los días
se habían exiliado en su orden de partida
y nunca fueron nuestras las líneas de las manos.
La bahía en que la madre pobre nos nació
de cara al mar para mejor aprender el abandono
nos sube todavía hasta los ojos y el pasado
tramaba desde siempre la futura
geografía del polvo sin idioma.
Tampoco se arrepienten las cifras del dolor
ni es nuestro el inverso correo de las sombras
veladas en las fotos que nos borran
la cara del planeta.

(1984)

EL MIEDO, PADRE

Padre, yo me espanto
de estar preso en mi cuerpo, el condenado
umbral, perfecto, este retorno, padre,
eternamente en viaje y muerto, por las cuatro
estaciones y la suerte
echada de los hombres, los hijos
obedientes de la especie, padre,
los muertos venideros. ¿Quién es
este huésped en mi cuerpo? Estos años,
¿de quién son prisioneros en las venas?
¿Qué hago, padre, con mi espanto
a cuestas, y mis días
en los días implacables de los hombres?

(1984)

PLACE DES VOSGES

Futuro era el de antes, el del tiempo de mis quince años. Todas las noches me gasto las suelas de los zapatos caminando hasta la plaza Matriz, y me siento a esperar el futuro. Vení, comprá maníes con chocolate y sentate. Las mujeres que fuman ya me conocen. Yo no, todavía no me conozco. Y tampoco miro a nadie, ni a nada. Como maníes con chocolate. ¿Espera a alguien? Sí, al futuro. Respiro hondo, sentado del lado de la Catedral, de espaldas a la calle Sarandí. Todas las noches, soy asiduo y puntual. Sé que cuando el futuro aparezca, vendrá volando por atrás del Cabildo. Una ráfaga, y yo lo atraparé en mis pulmones y me llevará leve como en un globo, lejos de la plaza. La noche está fresca, llovió de tarde. ¿Y hoy, llegó? No, debe estar atrasado, viene de muy antes. Los maníes con chocolate me pesan como una piedra. Y me miro los zapatos, desamparados.

(1998)

DIEZ SENRYUS

Desvié con piedras
la marcha de un cangrejo.
Hallé a mis muertos.

Un buey contiene
en sí a todos los bueyes.
¿Qué hay en un hombre?

Juego ajedrez
largas noches de invierno.
No sé con quién.

Huele a café.
Muchachos negros cargan
piedras de azúcar.

Crece el hastío,
yo como hongos gigantes.
Engorda el mundo.

Ave alterada,
no acabará en silencio
este poema.

Sólo unas décadas
(es un soplo la vida)
Dicen: paciencia.

Pobre el poeta,
pasó las de Caín.
Ahora escribe.

Todo es mentira,
incluso la verdad
hueca de exilio.

Todo es verdad,
incluso la mentira
de este poema.

(2008)

CALLE RONDEAU

Fue cuando descendía por la calle Rondeau,
ocupó mi cuerpo como si él fuera un arcano.
Supe que entre el exilio/ y la sinuosa ceremonia del exilio
huye el poema, resbala/ Rondeau abajo
y yo lo sigo, lo acecho/ hasta llegar al mar como a un destino.
Le hice tantas preguntas, sentado/ al borde de los muelles. Me miro
los pies descalzos mientras oigo/ mis preguntas deslizarse a mis espaldas
sobre la certeza silenciosa de los rieles
y la respuesta de los durmientes.
Practiqué muchos años/ la ceremonia del té
y ahora desciendo la calle Rondeau,/ soy recóndito, llevo
los hijos que no tuve arropados bajo el saco.
Los protejo de ese viento del mar
que hunde en la bruma el viaje persistente de los genes.
Sólo después cruzaré Agraciada/ y tendré que reconstruir la calle Rondeau,
como si volviera a los nísperos de la infancia
o los del insomnio. Correré/ sobre el cordón de la vereda
y pasarán la zapatería La Molicie,
la ferretería La Fuerza del Destino,/ la marmolería El Pensamiento,
y Cecilia me contará de la carbonería La Venus de Milo,
la vez que la asustó el camafeo gigante.

Yo sabía que alguien me acechaba,/ alguien me observa frente al mar
porque soy y seré sin para qué, soy/ más allá de la gracia de un Dios
y de las obras, como los corales/ que no existen en la bahía
de Montevideo, o como yo mismo
que tampoco existo/ bajando la calle Rondeau
por mi cuenta y riesgo/ sin otra red para saltar los años

y la calle Agraciada/ sino este amuleto que compongo,
como si fuera un poema,/ entre el té y las rosas té,
la íntima ceremonia de los rosales/ hundidos en el mar
adonde hoy llego como la noche,/ como los siglos,
como Antonio Luis Cortés Varela/ y María Angélica Zambroni García
llegaron en un tren del 10 de mayo de 1966
para que él la besara, y después mamaba
en sus senos antiguos,/ la asía con sus brazos
tensos de obediencia y mundo, apretaba/ la palanca del tiempo,
cavaba con el pene, con los dedos, con la boca
como para hundirse en un tiempo
sin tiempo en que flotaba,/ tal vez el mismo vientre, o aun antes,
y lloraba/ de placer, decía,
lloraba frente al cuerpo/ intransponible y dócil
y el coral del semen se le abría
para entregar la semilla que si germinara
haría nacer al mismo hombre/ que baja la misma calle Rondeau,
siempre el mismo, desde la caverna/ o antes. O desde las bóvedas de la
ciudadela,
adonde ahora me refugio, acuno/ a mis hijos no nacidos
y me abrazo a las rodillas de todas las estatuas/ en la estación central,
un héroe fantasmal en busca de un país
y cuatro sabios desafectados de futuro,
para que no me expulsen, ni impregnen mi tierra con sal estéril
ni maldigan otra vez mi estirpe/ por las siete generaciones
que vigilan mi poema/ y vuelva a cumplir mi ceremonia.

(Inédito)

NUGATORIA

Te desafió la nuez, latía
tras la cáscara guerrera, un yelmo inmemorial
deslizándose sobre el hule de la mesa.
La despensa huele a paraíso y apenas había yuyos
secos de la infancia, dientes de leche
en el estuche repujado con la piel de una serpiente
como recuerdo de batallas engañosas.
Te tientan las manos expertas en degüellos,
viejas guerras de amor, el ávido vaivén
en las nueces frágiles de Adán.

Será certero el golpe, sólo añicos belicosos,
cabeza rota de la nuez o la inocencia.
Y es pulpa amarga el corazón del fruto,
el que llegó con moho en las arrugas, tarde
a la cosecha de los hijos de Eva, los del polvo
que acecha en el regusto de una nuez.

(Inédito)

POETA EN EL EDÉN

No, Señor,
nunca huiré del Paraíso, tengo en mí
la leche eterna de los padres y los hijos,
y escribo poemas para la nostalgia.
No, Señor,
nunca seguiré el rumbo imprudente
de los cuatro ríos, el que impele a los nautas
hacia el mar de monstruosas criaturas.
Habían podado las ramas de oro
que brillaban en el árbol de la vida.
Y ahora me llaman como almas.
No, Señor,
nunca comeré del árbol prohibido.
Apreté tantas veces en mi mano
las frutas succulentas. Aspiro
los perfumes seductores,
—*Et d'autres, corrompus, riches et triomphants*—
Nada sabes de mis íntimos
paraísos artificiales, y te ofrezco las costillas
húmedas y turgentes
para que sigas modelando al mundo
mientras duermo.
Soy un niño inmenso
escribiendo dócilmente en el barro del Edén.
Tengo un muñeco de porcelana blanca.
Balucea.

(*Inédito*)

Alfredo Fressia (Montevideu, 1948) reside em São Paulo desde 1976. Destacado poeta hispano-americano, Fressia criou uma sólida obra poética, traduzida a muitas línguas. Integra as melhores antologias do continente. É também tradutor e cronista, autor do recente *Ciudad de papel*, Montevideu, julho 2009.